

863
M



PQ 6623
1.052
F5
V.1

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del autor. Queda
hecho el depósito que marca
la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

33883
33883

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE S. M. DE
MADRID

LA FLOR DEL OLVIDO.

El Rastro y la tia Morella.

En 1845 era el Rastro en Madrid lo mismo que es hoy.

Han transcurrido treinta años sin que se observen otras alteraciones en las calles de aquel mercado original, que la de alguna construccion de casas al estilo más moderno, ó la renovacion de otras que por su respetable antigüedad amenazaban convertirse en ruinas. Por lo demás, el Rastro es siempre lo mismo; el centro á donde todo afluye, desde la tira de trapo sucio y descolorido, hasta la estatua de Montañez ó el cuadro de Velazquez ó de Vandik.

Pensad bien la distancia que hay desde el objeto más despreciable que os podais figurar, sea de la clase que fuere, hasta la obra más sublime del arte ó de la ciencia, y de todo cuanto existe entre uno y otro extremo, de todo encontrareis en el Rastro, si os dedicais á visitarlo con constancia, pues estoy muy lejos de querer decir que diariamente se hallan en aquel mercado los lienzos de Murillo y Zurbarán.

La principal calle del Rastro es la Rivera de Curtidores, que en rápida pendiente baja hasta las afueras de Madrid.

A derecha é izquierda de aquella calle están las tiendas del Rastro, que tienen por techo la bóveda celeste, si no son de las más lujosas, y un toldo de vieja lona, si el comerciante posee el capital necesario para permitirse ciertas comodidades.

El mostrador y la anaquelaría de estos comercios son el pavimento de la calle y unas estacas clavadas entre las piedras del mismo, en las cuales se cuelgan los objetos más dignos de llamar la atención.

De todo se vende allí.

Libros, papeles, telas de hilo y algodón, trajes de seda, de lana, de percal, vestidos de holera, gorras de cuartel, espadines, sombreros de seda, charreteras de oro y plata, casacas de militares de todas graduaciones, mantillas de blondas, botas de todas clases, nuevas y viejas, estas últimas en condiciones para dar gusto al comprador más exigente, pues las hay desde las que solo descubren una rotura apenas perceptible, hasta las que no tienen suela ni tacón.

En el ramo de ferretería, pedid cuanto se os antoje, desde el clavo viejo y retoreido hasta la rueda dentada, agente auxiliar de una complicada máquina.

Pedid, pedid, que en el Rastro hay de todo.

Muebles, baules, tarros de cristal chicos y grandes, usados y sin limpiar; loza, jofainas de hierro, cadenas, martillos, partituras de Bellini, pianos, sitaliales para retretes, el *Don Quijote* de Cervantes, monedas

falsas, que suelen venderse por la cuarta ó quinta parte del valor que tendrían si fueran buenas; relojes, abanicos, sombrillas y paraguas, alfombras y esteras, ruedas de coches, chichoneras para niños, grabados en madera, en acero y en zinc, jaulas para loros y otros pájaros, ratoneras, embudos, tinajas, estufas...

¿A dónde voy á parar?

Si hubiera de deciros los nombres de todas las cosas que en el Rastro están de venta, formaría un catálogo que ocuparía muchas más páginas de las que deberá tener este libro.

Más para que veais que en mi relato no hay la menor exageración, si es que no conoceis aquel centro comercial, proponeos hallar en él una cosa cualquiera, un objeto raro, ya sea de arte, de industria, de numismática, de lo que más extravagante os parezca, é id al Rastro un día, una semana, un mes, un año si es preciso, la cuestión será de tiempo; pero, no lo dudeis, más temprano ó más tarde dejareis satisfecho vuestro capricho.

Ahora añadiré que el Rastro es el mercado donde reina más actividad de cuantos existen en Madrid.

Los domingos, particularmente, la concurrencia de compradores y vendedores es extraordinaria, inverosímil.

¿Y sabeis cuáles son los centros productores que abastecen sin cesar este mercado?

Pues son las casas todas de la coronada villa, que constantemente envían allí sus despojos.

Las que pudieran llamarse corrientes comerciales

y á la vez medios de transporte entre los centros productores y el consumidor, son los *traperos*.

El trapero de nuestros días, tipo muy corregido y reformado, que há tiempo arrojó lejos de sí el saco ó la espuerta y el tradicional gancho con que sus abuelos registraban por las calles los montones de basura á caza de gangas; el trapero de nuestros días, erguido la frente y á buen paso, se limita á recorrer á Madrid en todas direcciones, durante las primeras horas de la mañana, pregonando sin cesar el nombre de su propio oficio.

No he tenido ocasion de averiguar con certeza la causa que ha introducido tan radical reforma en las costumbres de los traperos.

Hay quien dice que los progresos de la época, dando á todas las clases sociales cabal idea de la dignidad humana, han alejado al trapero de los focos pestilentes donde antes disputaba á los perros la posesion del hueso que en las fábricas de botones encuentra aplicacion.

Suponen otros que la ciencia económica (casera) ha hecho tales adelantos, que la basura ha llegado á ser terreno estéril para el pobre trapero.

Ya nada se tira, todo se vende.

Por esto quizá, en las primeras horas de la mañana, cuando multitud de hombres y muchachos circulan por las calles de Madrid gritando en diferentes tonos: —¡El trapero!... es hoy más frecuente que en otros tiempos escuchar una ó varias voces que dicen:—

¡Eh... acá!

Si sois curioso y levantaiis la vista para conocer á la persona que ha llamado, es casi seguro que vuestro deseo no se cümpla.

El que llama al trapero se esconde, por regla general, como si cometiera un delito.

En cuanto al trapero es otra cosa: su instinto, más que su vista, parece que le señala la casa y el cuarto de donde la voz ha partido, y, sin vacilar un momento, sus ágiles piernas le conducen desde el piso principal hasta la boardilla, haciendo siempre negocio, siempre comprando lo que si él no existiera iria probablemente á un muladar.

En 1845 la mayoría de los traperos habitaba en el Rastro y en sus inmediaciones.

Las casas de vecindad y los sotabancos eran sus guardias.

Alli estaban sus almacenes y sus talleres.

En los primeros se clasificaba y ordenaba el producto del trabajo del día, en los segundos se preparaban los pocos objetos que para la venta necesitaban alguna restauracion.

Y dada esta ligera idea del Rastro y de los traperos, sígame el lector si gusta al patio de una de esas casas de vecindad, donde ha de representarse la primera escena de esta veridica historia.

Era un dia templado de otoño, de la única estacion agradable que gozan los habitantes de Madrid.

La casa citada era un edificio grande, triste, sombrío, viejo y súcio.

Todos sus inquilinos eran traperos, á excepcion de

la vecina que ocupaba las tres solas piezas exteriores que habia en el piso bajo.

Esta vecina era jóven, se llamaba María, y á la muerte de su padre, traperero de profesion, habia empleado su modesta herencia en establecer una *Casa de comidas* que se abrió al público bajo los mejores auspicios, con una parroquia numerosa formada de antemano, pues el figon de María fué desde su creacion el *restaurant* de los traperos.

El figon tenia una puerta que comunicaba con el patio de la casa, y este patio, cubierto con una mala montera de cristales, estaba lleno, lo mismo que las habitaciones interiores, de mesas, bancos y sillas que los parroquianos ocupaban á las horas de comer y en los momentos de descanso.

Eran las tres de la tarde y el bodegon de María estaba concurrido por sus constantes favorecedores.

La dueña del *restaurant* iba y venia sirviendo por las mesas á sus numerosos parroquianos, cuando se presentó en el patio un jóven de buena figura, cuyo elegante aspecto contrastaba mucho con el de las personas reunidas en aquel local.

El recién llegado saludó amistosamente á varios individuos de los que comian en el figon, y fué á sentarse á una de las pocas mesas que estaban desocupadas.

María le salió al encuentro, diciéndole con tono familiar:

— Buenas tardes, señorito Manuel, ¿va Vd. á tomar algo?

— Si, graciosa María, contestó el recién llegado;

traeme media botella de cerveza, tan alemana como tú, ya que es preciso conformarse con los productos nacionales, y así haremos tiempo.

— ¿Espera Vd. á alguna persona?

— Si, hija mia.

— ¿Hombre ó mujer?

— Curiosa estás, y siento no poder complacerte; pero el sexo de la persona á quien aguardo es para mí un misterio que no he logrado penetrar.

— ¡Ah! entonces ya sé quién es.

— ¿Lo adivinas?... Dime su nombre.

— La tia Morella.

— Has acertado. Es un tipo que falta en mi coleccion y vengo á recogerle.

— ¿Y ella le ha citado á Vd.?

— A las tres y media me ha dicho que estaria aquí.

— Pues no tema Vd. que falte á esa hora. Todavía no son más que las tres y cuarto...

— Y tú, charla que charla, dejarás pasar otros quince minutos sin haberme traído la cerveza.

— Vengo en seguida.

María corrió á servir á su parroquiano.

Este dejó sobre la mesa un cartapacio que contenia diferentes papeles y un gran lapicero, encendió un cigarro y esperó.

Manuel Navarro era en la época á que estos apuntes se refieren un pintor de extraordinario talento, cuya memoria es hoy considerada por propios y extraños como una de las primeras glorias artísticas de nuestra patria.

Ya no existe.

Durante su vida sostuvo con sus bastardos émulos una lucha tenaz, que le impuso los mayores sacrificios.

Después de muerto, sus sucesores en el arte han dado á sus cuadros toda la estimación que merecen.

La envidia y el orgullo de unos pocos y el desden de muchos, sofocaron al célebre pintor cuando vivía.

Sobre su tumba las malas pasiones han enmudecido, y la sociedad que en vida le desdeñaba, hoy le aplaude con entusiasmo, y busca sus obras con infatigable interés.

Y esta es por lo común la predestinación del verdadero génio.

Nace para vivir en la oscuridad y en el silencio de la muerte.

Muere para vivir en la luz y en la gloria de la vida.

¿Quereis un ejemplo igual al de Navarro?

Acordaos de nuestro inimitable Goya.

Navarro era pintor de costumbres.

Sus lienzos, inestimables por la corrección del dibujo y la frescura del colorido, no representan tipos imaginarios, sino copias del natural; copias de modelos grotescos, raros, estravagantes, originalísimos y llenos de belleza artística; copias que son ahora en nuestros museos la admiración del mundo inteligente.

El *restaurant* de los traperos había sido para Navarro una mina inagotable.

Presentado allí por su amigo Modesto Antunez, joven médico que visitaba á todos los traperos de Madrid, logró relacionarse en poco tiempo y ser bien re-

cibido de aquella gran familia, cuyo primer vínculo era la pobreza.

Navarro encontró en la sociedad de los traperos sus más ricos originales.

Y el modelo que en aquel instante aguardaba era uno de los mejores y de los más codiciados del pintor.

Maria no se hizo esperar con la cerveza.

—¡Hola! exclamó al acercarse á Navarro, ¿ya tenemos en campaña papel y lápiz? me alegro: va Vd. á retratar una buena moza.

—¡Envidiosilla!... ¿Estás celosa porque no te he retratado todavía?

—Siempre me lo está Vd. prometiendo...

—Ya te llegará la vez.

—¿Cuándo será eso?

—Cuando entren en turno las muchachas bonitas.

—Gracias por la lisonja.

—Veamos; ¿qué sabes tú de la tía Morella?

—Lo que sabe todo el mundo.

—Cuenta, cuenta.

—Sé que hizo la guerra de los siete años con las tropas de la reina...

—¡Cómo!... ¿Ha sido soldado?

—¡Vaya, qué pregunta! No, señor; fué cantinera.

—¡Ah!...

—Y estando con el ejército se casó tres veces.

—¡Demonio!

—Cuando terminó la guerra se vino á Madrid y se hizo traperero.

—Y qué tal le va en su nuevo oficio?

—Perfectamente. La tia Morella pasa por rica entre nosotros.

—¡Hola! Y dime, ¿por qué la llamas la tia Morella? ¿Es ese su apellido?

—¡Quiál no, señor; aunque aquí no se la conoce por otro nombre.

—¿Y quién la bautizó con ese?

—Los militares. Cuando estuvo en la guerra dicen que un día se encontró frente á los facciosos en una batalla que se dió en los campos de Morella. Allí, al lado suyo, murió su segundo marido, y ella en el acto juró vengarlo; tomó el fusil del muerto, y cuentan que aquel día mató más enemigos que pelos tiene en su bigote. Desde entonces los soldados la llamaron tia Morella, y por tia Morella la conoce todo el mundo.

—Es decir, que ese nombre recuerda sus heroicidades.

Sonó un ruido en la puerta y María exclamó, mirando hácia aquel sitio:

—Aquí la tiene Vd.

En efecto, la tia Morella acababa de entrar.

La recién llegada era el tipo más estrafalario que se puede concebir.

Imagináos una mujer alta y corpulenta, hasta el punto de que su figura hubiera hecho honor á un cabo de gastadores; suponed sobre los hombros de ese cuerpo una cabeza canosa, un rostro atezado y lleno de profundas arrugas, con grandes ojos pardos, cejas muy pobladas, lábios gruesos y el superior sombreado por un espeso bigote que hacia dudar del sexo de la persona

que lo ostentaba, y mentalmente conoceréis á la tia Morella.

Su traje era tan singular como su figura.

Vestia una chaqueta de bayeta amarilla, igual á la que los soldados usan en los cuarteles; sobre la chaqueta llevaba un pañuelo de diferentes colores, cruzado por delante y amarrado á la cintura; de ésta pendia una falda azul, que hasta media pierna descubria la bota de montar con que se calzaba; bota que iba á perderse en los pliegues de la ropa intérior; por último, adornaba su cabeza un sombrero de fieltro, bastante usado y de alas muy anchas, y para apoyarse, más por costumbre que por necesidad, usaba un garrote de forma de báculo.

Es de advertir que en todo este traje se observaba á primera vista una limpieza extraordinaria.

La tia Morella se presentó en el patio del bodegon tan resuelta y tan ágil como si solo tuviera treinta años, cuando, sin temor de equivocarme, puedo decir que pasaba de los cincuenta.

Su primer saludo fué general.

—A la paz de Dios, caballeros, dijo paseando sus miradas en todas direcciones.

Y de todos los ángulos del *restaurant* contestaron diferentes voces:

—Buenas tardes, tia Morella.

—A la paz de Dios, veterana.

La tia Morella avanzó con aire marcial hasta la mesa ocupada por Navarro; delante de éste se cuádró, y saludando militarmente, dijo con voz ronca:

- A la orden, D. Manuel.
- Venga con Dios la tia Morella.
- ¿Me estaba Vd. esperando?
- Hace rato que estoy aquí.
- Pues son las tres y media en punto.
- Y la tia Morella, en apoyo de sus palabras, mostró á Navarro la esfera de una gran saboneta de plata que sacó de su pecho y que llevaba pendiente de una cadena del mismo metal.
- Ya sé, tia Morella, que Vd. no se hace esperar en sus citas, dijo el pintor.
- Costumbre adquirida en el ejército.
- ¿Y qué lujo, veterana, qué lujo! exclamó Navarro, fijando la atencion en el reloj de la tia Morella.
- Es la herencia que tuve de Juan Ibor.
- ¿De Juan Ibor?
- Sí, mi primer marido.
- ¡Hola!
- La cadena fué regalo de Pedro Tuinesa.
- ¿Y ese quién era?
- Mi tercer esposo.
- Segun eso, entre el reloj y la cadena hubo un segundo bienaventurado.
- Sí, señor; Matias la Parra. ¡Oh! de ese tuve mejor herencia.
- ¿Era rico?
- No sé qué color seria el de su dinero.
- ¿Pues entonces?...
- A su muerte vino á mi poder esta pipa, en la que muchas veces habíamos fumado á medias.

La veterana, hablando así, presentó á Navarro una enorme pipa de boj, que por lo negra y lo quemada dejaba adivinar sus dilatados servicios.

—¡Magnífica prenda! exclamó el pintor sonriendo.

—La mejor de mi ajuar, repuso la tia Morella con tono festivo.

—Pues va Vd. á hacerme el favor de fumar en ella mientras yo dibujo.

—¿Conque quiere Vd. retratarme?

—¿Pues á qué he venido?

—Perfectamente. ¿Y cómo quiere Vd. que me ponga, de frente ó de perfil?

—Ni de un modo ni de otro. Colóquese Vd. en este sitio; mire Vd. á aquella ventana; así, así, no se mueva usted y mantenga firme la pipa en la boca.

Navarro colocó á su placer á la tia Morella, y su lápiz comenzó á trazar la figura de la veterana.

María habia ido á atender á sus parroquianos, y el pintor y la tia Morella quedaron solos junto á la mesa en que aquel dibujaba.

La tia Morella no desplegaba sus labios.

Inmóvil, con la vista fija en el sitio que la designá-ra el pintor, parecia una estatua de bronce.

Navarro dibujaba con ardor, y al cabo de algunos minutos pudo leerse en su semblante que estaba satisfecho del principio de su obra.

Un cuarto de hora habria trascurrido de este modo, sin que se interrumpiera el silencio, cuando exclamó el pintor:

CABALLA ALEONSIANA

—¡Soberbio, tia Morella!... ¡El efecto de la pipa de Matías es sorprendente!

—A ver, á ver, dijo la veterana abandonando su postura y mirando el dibujo.

—Ahí está; véalo Vd., repuso Navarro mostrando el retrato, no terminado aún, á la tia Morella.

—¡Virgen de la Paloma! exclamó ésta: ¡qué horrible está!

—¡Cómo, veterana! ¿Cree Vd. que no se le parece?

—Al contrario, estoy hablando; y si no me conociera á mi misma, al verlo echaria á correr. Quiero que me haga Vd. un favor.

—¿Cuál?

—Darme una copia.

—Es el caso que todavía no está concluido. Vuelva usted á colocarse.

La tia Morella obedeció diciendo:

—Bien, me la dará Vd. cuando se concluya.

El pintor continuó su trabajo.

—¿Y esa copia es para Vd.? preguntó.

—No, señor, yo con el original tengo bastante; es para el Sabueso.

—¿El Sabueso?... No le conozco.

—Es un ahijado mio, la persona á quien más quiero, despues de mi Margarita.

—Pues tampoco conozco á Margarita, dijo Navarro sin dejar de dibujar: ¿quién es esa mujer?

—La *Flor del Olvido*, nuestra hija, la hija de todos los que ve Vd. por aquí sentados; la hija de los traperos.

—¡Diablo!... Me parece, tia Morella, que eso es tener muchos padres.

—Ciento cincuenta y cinco, afirmó la veterana con la mayor naturalidad.

Navarro no pudo contener la risa.

—¿Cómo se entiende eso, preguntó; y qué quiere decir el nombre de *Flor del olvido* que ha dado Vd. á su Margarita?

—¡Ah! eso es una historia.

—¿Que yo no puedo saber?

—¡Y por qué no? Oigala Vd., que no es larga. Hará cosa de ocho años tenia yo en mi casa al Sabueso, que lo habia sacado de...

La tia Morella se interrumpió de pronto, tomó su pipa con una mano y con la otra se tapó la boca, como para impedir el paso á las palabras que iba á pronunciar.

—¡Quieta, veterana! exclamó el pintor, vuelva usted á su postura: esa pipa á la boca... así. Vamos, continúe Vd. su historia. ¿De dónde habia Vd. sacado al Sabueso?

—De su país, contestó la tia Morella, repuesta de la turbacion que habia experimentado. Yo iba siendo vieja, el saco y el gancho me pesaban mucho y se los traspasé al Sabueso á fin de que siguiera mi oficio nocturno, toda vez que él no quiere trabajar de dia.

—Pues qué, preguntó Navarro, ¿tiene motivos para ocultarse?

—Yo no he dicho eso, contestó la veterana con prontitud; Bernardo es raro en todas sus cosas; abor-

rece al sol y ama á la luna.... cuestion de gustos.

—Conozco á muchos que tienen el del Sabueso; pero todo eso nada tiene que ver con la historia de Margarita.

—A ella vamos. En aquel tiempo era vecina nuestra una pobre mujer, que se mataba trabajando dia y noche para alimentar y educar á su hija. La desdichada madre cayó enferma. Entonces no conociamos al amigo de Vd., don Modesto Antunez: de seguro que él la hubiera salvado; pero su mala suerte la obligó á ir al hospital y allí murió, dejando en la miseria á Margarita. La desgraciada niña no tenia parientes ni amigos; nadie sabia quién era su padre, y trataron de llevarla al hospicio. El Sabueso lo supo, y una noche reunió á todos nuestros camaradas. Les habló de Margarita y les dijo: cada uno de nosotros es bastante pobre para hacerse cargo por sí solo de criar á esta niña; pero todos juntos somos ricos y podemos adoptar á la desvalida huérfana. Yo doy un cuarto diario, dé cada uno de ustedes lo que quiera, y mi madrina se hará cargo de lo que pueda faltar. La madre de esta muchacha ha muerto olvidada por su seductor; pues bien, llamemos á la hija de ese hombre que no conocemos la *Flor del olvido*; adoptémosla nosotros, y evitemos que vaya al hospicio, donde la infeliz moriria de dolor. No sé qué otras cosas les dijo ese murciélago de Bernardo, lo cierto es que á todos los hizo llorar, aceptaron la proposicion, y Margarita es desde entonces la hija de los traperos. Cuando esté para casarse, sus ciento cincuenta y cinco padres harán lo que puedan y yo haré lo demás.

Navarro no dibujaba.

Habia concluido el retrato, y la narracion de la tia Morella absorbia toda su atencion.

Cuando dejó de hablar la veterana, exclamó un tanto conmovido:

—¡Excelentes corazones! ¡Bravo, tia Morella! Eso me gusta, y sin conocerlo quiero ya á su ahijado el Sabueso: será preciso que lo tenga en mi coleccion.

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Bernardo no quiere pasar á la posteridad... ¡Pobrecillo! El martes creí que se me iba al otro mundo.

—¿Está enfermo?

—Sí, señor; pero es la flor de la maravilla: aquel cuerpo parece de piedra; en cuatro dias se ha mejorado tanto, que hoy D. Modesto le ha permitido levantarse.

Este diálogo fué interrumpido por Maria, que se aproximó á nuestros interlocutores atraida por la curiosidad que la obra de Navarro le inspiraba.

—¿Se acabó ese retrato? preguntó acercándose á la mesa.

—Ya está concluido, respondió Navarro presentándose.

—¡Jesús, qué feo! exclamó con la mayor ingenuidad la dueña del bodegon.

—Eso mismo habia yo dicho, repuso la tia Morella con imperturbable tranquilidad.

—Y lo peor es que se parece mucho, añadió Maria.

—¡Pacencial dijo la tia Morella con cierto aire de

CABALLA ALEJOSSINA

filósofo y avivando el fuego de su pipa: lo que fuimos ayer no lo seremos mañana.

En aquel momento apareció un nuevo personaje, que sin ser visto se acercó por la espalda de María, y mirando el retrato exclamó:

—¡Bravo, Manuel! ¡Está exactísimo! Este retrato será una de tus obras maestras.

Quien así hablaba era el médico D. Modesto Antunez.

—Buenas tardes, D. Modesto, dijo la tía Morella.

—¡Hola, doctor! ¿Tú por aquí? preguntó Navarro: ¿quién te trae?

—Mis enfermos, contestó el doctor.

—¿Y el Sabueso cómo está? interrogó lá veterana.

—Supongo que bien, puesto que no le he encontrado en casa.

La tía Morella dió un salto en su asiento.

—¿Que no está en casa?... ¡Cómo!... ¿Ha salido de día?... Algo extraordinario debe ocurrir... Voy allá corriendo. Hasta despues, D. Modesto y la compañía.

Y la tía Morella salió del bodegon, ligera como si solo tuviese quince años, y sin oír al médico Antunez que exclamaba:

—¡Es la vieja más admirable que he conocido!

ningún pensamiento que se le ocurriera en su mente. No se acordaba de lo que le había pasado por la cabeza. Y a medida que iba avanzando se iba olvidando de lo que le había pasado por la cabeza. Y a medida que iba avanzando se iba olvidando de lo que le había pasado por la cabeza.

II.

Los ciento cincuenta y cinco padres.

Antunez y Navarro quedaron solos.

Ambos tenían una misma edad, y en los semblantes de los dos se percibía claramente ese no sé qué misterioso que revela a los hombres superiores por su inteligencia; a los seres que forman esa especie de aristocracia que se llama del talento, cuyos preciados timbres ni se conquistan ni se compran: solo de Dios se pueden adquirir.

Y, en efecto, Navarro y Antunez, el uno en el arte y el otro en la ciencia, debían llegar a ser hombres notables.

A juzgar por el aspecto de los dos, en los momentos en que vamos a escucharlos, es preciso convenir en que la ciencia aventaja al arte en buenos resultados para las comodidades de la vida.

Ya creo haber dicho, y si así no fuera lo diré ahora,

CABALLA ALEGONSIANA